

LIBRO SEGUNDO

CAPÍTULO PRIMERO

DE LA INCONSTANCIA DE NUESTRAS ACCIONES

Los que se emplean en el examen de las humanas acciones, nunca se encuentran tan embarazados como cuando pretenden armonizar y presentar bajo el mismo tono los actos de los hombres, los cuales se contradicen comúnmente de tan extraña manera, que parece imposible el que pertenezcan á un mismo cosechero. El joven Mario mostróse unas veces hijo de Marte, é hijo de Venus otras. Del pontífice Bonifacio VIII dicese que entró en el ejercicio de su cargo como un zorro, que se condujo como un león y que murió como un perro. ¿Y quién hubiera jamás creído de Nerón, imagen verdadera de la crueldad, que al presentarle para que la firmase una sentencia de muerte, respondiese: « ¡Pluguiera á Dios que nunca hubiera aprendido á escribir! » Tal dolor le ocasionaba la condenación de un hombre. Ejemplos semejantes son abundantísimos; cada cual puede hallarlos en sí mismo, y yo encuentro peregrino el ver que las personas de entendimiento se obstinen en armonizar actos tan contradictorios, en vista de que la irresolución me parece el vicio más común y visible de nuestra naturaleza, como lo acredita este famoso verso de Publio, el poeta cómico:

Malum consilium est, quod mutari non potest ¹.

Puede haber asomo de razón en juzgar á un hombre por los más comunes rasgos de su vida, pero en atención á la natural inestabilidad de nuestras costumbres é ideas, entiendo que hasta los buenos autores hacen mal obstinándose en formar del hombre una contextura sólida y constante: eligen un principio general, y de acuerdo con él ordenan é interpretan las acciones, y si no logran acomodarlas á la idea preconcebida, toman el partido de disimular las que no entran en su patrón. Augusto escapa á sus apreciaciones, pues en tal hombre se reunieron una variedad de actos tan rápidos y continuos durante todo el curso de su vida, que no ha sido posible, ni siquiera á los historiadores más arriesgados, formular sobre él un juicio

¹. No es un plan excelente el que no puede modificarse. *Ex Publii Mimis, apud A. GELL., XVII, 14.*

estable. Creo que la cualidad dominante en los hombres es la inconstancia; la cualidad contraria rara vez se ve en ellos; quien los juzgare al por menor, menudamente se acercará más á la verdad. Es difícil encontrar en toda la antigüedad una docena de hombres que hayan dirigido su vida conforme á principios seguros, lo cual constituye el fin principal de la filosofía; comprenderla en síntesis, dice un escritor antiguo, y no acomodarla á nuestra vida, es querer y no querer constantemente una misma cosa; yo me permitiría añadir, siempre y cuando que la voluntad fuese justa, pues si no lo es, es imposible que sea constantemente una. En efecto, yo sé de antiguo que el vicio no es más que desarreglo y falta de medida y, por consiguiente, es imposible suponerle constancia. Atribúyese á Demóstenes la siguiente máxima: « El fundamento de toda virtud, es la consultación y deliberación; su fin la perfección y constancia. » Si mediante la razón emprendiéramos determinado camino, tomaríamos el mejor, mas nadie abraza tal pensamiento :

Quod petiit, spernit; repetit quod nuper omisit;
Æstuat, et vitæ disconvenit ordine toto ¹.

Nuestra ordinaria manera de vivir consiste en ir tras las inclinaciones de nuestros instintos; á derecha é izquierda, arriba y abajo, conforme las ocasiones se nos presentan. No pensamos lo que queremos, sino en el instante en que lo queremos, y expiramos los mismos cambios que el animal que toma el color del lugar en que se le coloca. Lo que en este momento nos proponemos, olvidámoslo en seguida; luego volvemos sobre nuestros pasos, y todo se reduce á movimiento é inconstancia;

Ducimur, ut nervis alienis mobile lignum ².

Nosotros no vamos, somos llevados, como las cosas que flotan, ya dulcemente, ya con violencia, según que el agua se encuentra iracunda ó en calma:

Nonne videmus,
Quid sibi quisque velit, nescire, et quærere semper;
Commutare locum, quasi onus deponere possit ³?

cada día capricho nuevo; nuestras pasiones se mueven al compás de los cambios atmosféricos:

Tales sunt hominum mentes, quali pater ipse
Juppiter auctiferas lustravit lumine terras ⁴.

1. Abandona lo que quería poseer; de nuevo vuelve á lo que ha dejado; siempre flotante, éi mismo se contradice sin cesar. HORACIO, *Epist.*, I, 198.

2. Nos dejamos llevar como el autómeta sigue á la cuerda que lo conduce. HORACIO, *Sat.*, 7, 82.

3. ¿Acaso no vemos que el hombre busca siempre algo, sin saber lo que desea, y que cambia sin cesar de lugar como si así pudiera verse libre de la carga que le abruma? LUCRECIO, III, 1070.

4. Los pensamientos de los mortales, sus duelos y alegrías, cambian con los días que Júpiter les envía. *Odisea*, XVIII, 135.

Flotamos entre pareceres diversos; nada queremos libremente, absolutamente, constantemente. Si alguien se trazara y se estableciera determinadas leyes y régimen concreto de vida, veríamos que en su conducta brillaba una armonía cabal, y en sus costumbres un orden y una correlación infalibles, lo mismo que en todos los actos de su existencia. Empédocles advirtió la siguiente contradicción en los agrigentinos, quienes se entregaban á los placeres como si hubieran de morir al otro día, y edificaban como si su vida hubiera de durar siempre. El plan de vida sería bien fácil de realizar, como puede verse por el ejemplo de Catón el joven: quien ha tocado una tecla, las ha tocado todas; es una armonía de sonidos bien acordados que no puede desmentirse. No seguimos nosotros tan prudente ejemplo; formamos tantos juicios particulares como actos realizamos. Lo más seguro, en mi opinión, sería acomodarlos á las circunstancias próximas, sin entrar en investigación más detenida, y sin deducir otra consecuencia.

Durante los estragos de nuestro pobre Estado me contaron que una muchacha nacida cerca del lugar en que yo me hallaba, se había precipitado de lo alto de una ventana para escapar á los ardores de un soldado, huésped suyo; la caída la dejó con vida, y para comenzar de nuevo su empresa quiso clavarse en la garganta un cuchillo, intento que al pronto pudo impedirse, pero luego se hirió fuertemente. Confesó la joven que el soldado no había empleado con ella más que ruegos, solicitudes y presentes, pero que sintió miedo de que lograra su propósito; al hablar así, sus palabras, su continente y hasta la sangre que brotaba de su cuerpo daban testimonio de su virtud, cual si fuera nueva Lucrecia. Pues bien, yo he sabido que antes y después de este suceso la muchacha había sido mujer alegre, y no tan difícil de abordar. Como dice el cuento: « Por hermoso y honrado que seas no deduzcas, al no conseguir tu propósito, que tu amada es casta é inviolable; no puede asegurarse que algún mulatero deje de encontrarla en su cuarto de hora. »

Habiendo Antígono cobrado afecto á uno de sus soldados por su esfuerzo y valentía, ordenó á sus médicos que le curasen de una larga enfermedad que le venía atormentando tiempo hacía; y advirtiendo después de la curación que cumplía flojamente con sus deberes, le preguntó quién le había cambiado y hecho cobarde: « Vos mismo, señor, respondió el soldado, al descargarme de los males que me hacían la vida indiferente. » Un soldado de Luculo fué desvalijado por sus enemigos y llevó á cabo contra ellos una lucida hazaña; cuando se hubo reintegrado de la pérdida, Luculo le tuvo en buena opinión, y quiso emplearle en una expedición arriesgada valiéndose de las mejores advertencias que se le ocurrieron para animarle

verbis, quæ tímido quoque possent addere mentem * :

« Servios, le contestó, de algún miserable soldado saqueado »,

Quantum vis, rusticus : Ibit,
Ibit eo, quo vis, qui zonam perdidit, inquit *.

y rechazó resueltamente el ir donde se le mandaba. Cuando leemos que Mahoma ultrajó y trató con dureza excesiva á Chasán, jefe de los genizaros, porque á pesar de ver sus tropas malparadas por las de los húngaros se conducía cobardemente en el combate, y que Chasán por toda respuesta se lanzó solo, furiosamente, en el estado en que se encontraba, con las armas en la mano, en el primer cuerpo enemigo que se presentó ante sus ojos, tal acción no es en el fondo justificación, sino enajenamiento; no es proeza natural, sino nuevo despecho. Aquel á quien ayer visteis tan dado á las aventuras no extrañéis verle poltrón mañana; merced á la cólera, á la necesidad, á la compañía, al vino ó al sonido de una trompeta habia hecho de tripas corazón; su arrojo no tuvo por origen el sereno raciocinio, las circunstancias le impelieron, y no es maravilla que sea otro hombre movido por acontecimientos contrarios. Esta variación y contradicción tan versátiles que se ven en nosotros, han sido causa de que algunos piensen que tenemos dos almas, y otros que estamos dotados de dos fuerzas distintas, las cuales nos acompañan y agitan de modo diverso, hacia el bien la una y la otra hacia el mal, porque no concibieron que tan brusca diversidad de actos emanaran de un solo espíritu.

No sólo me afectan los accidentes exteriores, sino que además yo mismo experimento alteración y mudanza por la inestabilidad de mi posición; y quien detenidamente se examine encontrará que el mismo estado de espíritu rara vez se repite de nuevo. Yo imprimo á mi alma ya un aspecto, ya otro, según el lado á que la inclino. Si de mí mismo hablo unas veces de diverso modo que otras, es porque me considero también diversamente. Todas las ideas más contradictorias se encuentran en mi alma, en algún modo, conforme á las circunstancias y á las cosas que la impresionan: vergonzoso, insolente; casto, lujurioso; hablador, taciturno; laborioso, negligente; ingenioso, torpe; malhumorado, de buen talante; mentiroso, veraz; sabio, ignorante; liberal, avaro y pródigo; todas estas cualidades las veo en mí sucesivamente, según la dirección á que me inclino. Quien se estudie atentamente encontrará en sí mismo y hasta en su juicio igual volubilidad y discordancia. Yo no puedo formular ninguno sobre mí mismo que sea conclu-

1. En términos capaces de animar al más tímido. HORACIO, *Epist.*, II, 2, 36.

2. Grosero y todo como era, respondió: « Irá allí quien haya perdido su causal. » HORACIO, *Epist.*, II, 2, 39.

yente, sencillo y sólido, sin confusión y sin mezcla, ni tampoco resumirlo en una palabra: *Distingo* es el término más universal de mi lógica.

Aun cuando yo me incline siempre á elogiar las buenas obras y á interpretar más bien en buena parte las acciones que muestran ser dignas de alabanza, sucede que la singularidad de nuestra condición hace que por el vicio mismo muchas veces seamos impulsados á practicar el bien (si el bien obrar no se juzgase por la sola intención que lo guía), según lo cual un hecho valeroso no presupone un hombre valiente: el que lo fuera en realidad sería siempre, en todas ocasiones. Si se tratara realmente de una virtud acostumbrada y no de un rasgo imprevisto, la acción valerosa haría al hombre igualmente resuelto para afrontar todos los accidentes que le sobrevinieran, lo mismo encontrándose solo que acompañado; así en campo cerrado como en una batalla, pues dígase lo que se quiera no hay distinto valor en la calle que en campo raso; tan valientemente soportaría una enfermedad en su cama, como una herida en un campamento, y no temería la muerte en su lecho como no la tiene miedo al encontrarse en un asalto; no veríamos al mismo hombre conducirse unas veces con bravura y atormetarse luego por la pérdida de un hijo ó por la de un proceso; cuándo cobarde hasta la infamia, cuándo firme en la miseria; y otros á quienes asusta la navaja de afeitar del barbero, que permanecen firmes contra la espada de sus adversarios. La acción es digna de alabanza en todos esos casos, no el hombre que la realiza. Algunos griegos, dice Cicerón, no podían soportar la vista del enemigo, y en cambio resistían tranquilos las enfermedades. Los cimbrios y los celtiberos experimentaban lo contrario: *Nihil enim potest esse æquabile, quod non a certa ratione profici-scatur* 1.

No hay valor que pueda compararse, en el orden militar, con el de Alejandro Magno, pero el esfuerzo de su ánimo, aunque de una sola especie, y en esta misma incomparable, como todo, tiene todavía sus puntos débiles, los cuales hacen que le veamos descomponerse ante las más leves sospechas de las maquinaciones que los suyos tramaban contra su vida, y conducirse en ellas con vehemente injusticia y con un temor que oscurecía las luces de su razón. La superstición, que también le dominaba, es en algún modo prueba de pusilanimidad; y el exceso de penitencia que hizo con motivo de la muerte de Clito testifica igualmente la desigualdad de su ánimo. Nuestra conducta se compone de partes heterogéneas y desligadas, con las cuales pretendemos alcanzar un honor ilegítimo. La virtud no consiente ser prac-

1. Para seguir una conducta uniforme es necesario tomar como punto de partida un principio invariable. CICERÓN, *Tusc. quest.*, II, 27.

ticada sino por ella misma, y si muchas veces se aparenta su aspecto para ejecutar un acto que se aparte de ella, muy luego nos arranca la máscara del semblante; es la virtud á manera de vivísimo é intenso colorido que no se separa del alma sino haciéndola añicos. He aquí por qué para juzgar á un hombre es preciso seguir sus pasos desde los comienzos, é inquirirse de los pormenores más nimios; si la constancia no se descubre en sus acciones, *cui vivendi via considerata atque provisa est*¹; si la variedad de acontecimientos modifica la dirección de sus pasos (no digo la rapidez, porque el paso puede apresurarse ó acortarse), dejadle correr, ése sigue la dirección adonde el viento le lleva, como reza la divisa de nuestro Talebot.

No es maravilla, dice un escritor antiguo, que el acaso pueda tanto sobre nosotros, pues que por acaso vivimos. Quien no ha enderezado su vida hacia un determinado fin es imposible que pueda ser dueño de sus acciones particulares; es imposible que ponga en orden las piezas de que se compone un conjunto, quien no tiene de antemano en el espíritu la idea de ese mismo conjunto. ¿Para qué serviría la provisión de colores á quien no supiera lo que tenía que pintar? Ninguno hace de su vida designio determinado, ni delibera sino por parcelas. El arquero debe primeramente saber el punto donde dirige el dardo; luego acomodar la mano, el arco, la cuerda y los movimientos: nuestros consejos nos extravían porque carecen de dirección y de fin; ningún viento sopla para el que no se dirige á un puerto determinado. No soy del parecer de los jueces que encontraron que Sófocles era apto para el manejo de las cosas domésticas contra la acusación de su hijo, por haber presenciado la representación de una de sus tragedias; ni apruebo tampoco lo que los parios conjeturaron cuando fueron enviados para reformar á los milesios: al visitar aquéllos la isla se fijaron en las tierras que estaban mejor cultivadas y en las casas de labor mejor gobernadas; registraron el nombre de los dueños de unas y otras, reunieron luego á los habitantes de la ciudad y confrieron á aquéllos los cargos de gobernadores y magistrados, juzgando, que como eran cuidadosos en sus negocios privados serianlo también en los negocios públicos. No somos más que seres fragmentarios de una contextura tan informe y diversa, que cada pieza de las que nos forman, y cada momento de nuestra vida, hacen un juego distinto, y se encuentra diferencia tan grande entre nosotros y nosotros mismos, como la que existe entre nosotros y los demás hombres: *Magnam rem puta, unum hominem agere*².

1. De modo que siga sin desviarse jamás el camino que se ha trazado. Cicerón, *Parad.*, V, 1.

2. Vivid persuadido de que es bien difícil ser constantemente el mismo hombre. SENECA, *Epist.*, 120.

Puesto que la ambición puede enseñar á los mortales la practica del valor, la de la templanza, la de la liberalidad y hasta la de la justicia; puesto que la codicia puede llevar brios al pecho de un marmitón educado en la sombra y en la ociosidad, y hacer que se lance muy lejos del hogar doméstico á la merced de las ondas y de Neptuno irritado, en un frágil barco; puesto que también enseña la discreción y la prudencia, y Venus provee de resolución y arrojo á la juventud que permanece todavía bajo la disciplina y la vara, al par que subleva el tierno corazón de las doncellas, aún en el regazo de sus madres:

Hac duce, enstodes furtim transgressa jacentes,
Ad juvenen tenebris sola puella venit¹:

no es de ningún modo cuerdo ni sensato el juzgarnos solamente por nuestras acciones exteriores, es preciso introducir la sonda hasta lo más recóndito de nuestra alma y ver cuáles son los resortes que la ponen en movimiento. Empresa ardua, elevada y sujeta á mil conjeturas, en la que yo quisiera ver ocupados á muy pocos, por las muchas dificultades que encierra.

CAPÍTULO II

DE LA EMBRIAGUEZ

El mundo no es más que variedad y semejanza; los vicios son todos parecidos, en cuanto todos son vicios, y de esta suerte es en ocasiones el parecer de los estoicos; pero aunque todos lo sean igualmente, no por ello son vicios iguales, y aquel que ha franqueado el límite cien pasos más allá,

Quos ultra, citraque nequit consistere rectum²,

es sin duda de peor condición que el que no traspuso más que diez; no es creíble, por ejemplo, que el sacrilegio no sea peor que el robo de una col de nuestra huerta.

Nec vincet ratio hoc, tantumdem ut peccet, idemque,
Qui teneros caules alieni fregerit horti,
Et qui nocturnus divum sacra legerit³...

Hay en materia de vicios tanta diversidad como en cualquiera otra acción humana. La confusión en la categoría y medida de los pecados es peligrosa: los asesinos, los trai-

1. Instigada por Venus la joven pasa furtivamente junto á los que la vigilan, y sola, durante la noche, se dirige en busca de su amante. TIBULO, II, 1, 75.

2. Así, pues, es imposible desviarse en ningún sentido sin perder el camino verdadero. HORACIO, *Sat.*, I, 1, 107.

3. Nunca se probará con buenas razones que robar coles en una heredad sea un crimen tan grande como saquear un templo. HORACIO, *Sat.*, I, 3, 115.

dores y los tiranos tienen interés sobrado en que esa confusión exista, pero no hay motivo para que su conciencia encuentre alivio porque otros sean ociosos, lascivos ó poco asiduos en la devoción. Cada cual considera de mayor gravedad el delito de su compañero y trata de aligerar el suyo. Los educadores mismos suelen clasificar mal los pecados, á mi entender. Así como Sócrates decía que el principal oficio de la filosofía era distinguir los bienes de los males, así nosotros, en quienes hasta lo mejor es siempre vicioso, debemos decir lo mismo de la ciencia de distinguir las culpas, sin la cual los virtuosos y los malos permanecen mezclados, sin que se distingan los unos de los otros.

La embriaguez, entre todos los demás, me parece un vicio grosero y brutal. El espíritu toma una participación mayor en otros; los hay, por ejemplo, que tienen no sé qué de generosos, si es lícito hablar así; algunos existen, á que la ciencia contribuye, la diligencia, la valentía, la prudencia, la habilidad y la fineza. En la embriaguez, todo es corporal y terrenal. De suerte que, la nación menos civilizada de las que existen en el día, es solamente el lugar donde tiene crédito. Los otros desórdenes alteran el entendimiento; éste lo derriba y además embota el cuerpo:

Quum vini vis penetravit...
Consequitur gravitas membrorum, præpediuntur
Crura vacillanti, tardescit lingua, madet mens,
Nant oculi; clamor, singultus, jurgia, gliscunt ¹.

El estado más deplorable del hombre, es aquel en que pierde el conocimiento, imposibilitándose de gobernarse á sí mismo; y dicese, entre otras cosas, á propósito de él, que como el mosto cuando hierve en una cuba eleva á la superficie todo lo que hay en el fondo de la misma, así el vino hace desbordar los secretos más íntimos á los que han bebido demasiado.

Tu sapientium
Curas, et arcanum jocoso
Consilium retegis Lyæo ².

Josefo refiere que hizo cantar claro á cierto embajador que sus enemigos le habían enviado, haciéndole beber copiosamente. Sin embargo, Augusto, que confió á Lucio Piso, el conquistador de Tracia, los negocios más delicados que tuvo, no encontró motivos de arrepentirse en su elección; ni Tiberio de Cosso, en quien abandonó sus secretos más recónditos, aunque sepamos que ambos eran

1. Cuando al hombre doma la fuerza del vino, sus miembros pierden la ligereza; su andar es incierto, su paso inseguro, su lengua se traba, su alma parece ahogada y sus ojos extraviados. El hombre borracho lanza impuros eructos y tartamudea injurias. LUCRECIO, III, 475.

2. En medio de tus alegres transportes, ¡oh Baco! el sabio se deja arrancar su secreto. HORACIO, *Od.*, III, 21, 14.

tan aficionados al vino, que más de una vez hubo que sacarlos del senado porque estaban borrachos,

Hesterno inflatum venas, de more, Lyæo ¹;

con igual confianza que á Casio, bebedor de agua, encomendóse á Cimber el designio de matar á Julio César, aunque Cimber se emborrachaba con frecuencia; á esta comisión repuso ingeniosamente el amigo de Baco: «Yo, que no puedo vencer al vino, menos podré acabar con el tirano.» Los alemanes, aun cuando estén ebrios á más no poder, van derechos á su cuartel, y recuerdan la consigna y su lugar en las filas:

Nec facilis victoria de madidis, et
Blæsis, atque mero titubantibus ².

Nunca hubiera imaginado siquiera que pudiese existir borrachera tan tremenda y ahogadora, si no hubiese leído en las historias que Atalo convidó á cenar con intención de cometer con él una grave infamia á Pausanias, que más tarde mató á Filipo (por tratar de inferirle la mala partida de que aquí se habla), rey de Macedonia, soberano que por sus bellas prendas dió testimonio de la educación que recibiera en la casa y compañía de Epaminondas. Atalo dió de beber tanto á su huésped que pudo convertir su cuerpo, insensiblemente, en el de una prostituta cuartelera para los mulateros y muchos abyectos servidores de su casa. Otro hecho me refirió una dama á quien honro y tengo en grande estima: cerca de Burdeos, hacia Castres, donde se encuentra la casa de mi amiga, una aldeana, viuda y de costumbres honestas, advirtió los primeros síntomas del embarazo y dijo á sus vecinas que á tener marido creería encontrarse preñada; como aumentarán de día en día las pruebas de tal sospecha y por último la cosa fuese de toda evidencia, la mujer hizo que se anunciara en la plática que se pronunciaba en su iglesia, que á quien fuera el padre de la criatura y lo confesara, le perdonaría y consentiría en casarse con él si le encontraba de su agrado y el hombre quería. Entonces uno de sus criados, muchacho joven, animado con el anuncio, declaró haberla encontrado un día de fiesta profundamente ebria, durmiendo junto al hogar y con las ropas tan arremangadas, que había podido usar de ella sin despertarla. Este matrimonio vive hoy todavía.

La antigüedad no censura gran cosa la embriaguez. Los escritos mismos de algunos filósofos hablan de ella casi contemporizando; y hasta entre los estoicos, hay quien

1. Las venas todavía inflamadas á causa del vino que bebiera la víspera. JUVENAL, XV, 47.

2. Aunque ahogados en el vino, tartamudeando y dando traspiés, es difícil vencerlos. JUVENAL, XV, 47.

aconseja el beber alguna vez que otra á su sabor y emborracharse para alegrar el espíritu.

Hoc quoque virtutum quondam certamine magnum
Socratem palmam promeruisse ferunt ¹.

Al severo Catón, corrector y censor de los demás, se le reprochó su cualidad de buen bebedor:

Narratur et prisci Catonis
Sæpe mero caluisse virtus ¹.

Ciro, rey tan renombrado, alega entre otras cosas de que se alaba para probar su superioridad sobre su hermano Artajerjes, que sabía beber mucho mejor que él. Entre las naciones mejor gobernadas estaba muy en uso el beber á competencia hasta la embriaguez. Yo he oído decir á Silvio, excelente médico de París, que para hacer que las fuerzas de nuestro estómago no se dejen ganar por la pereza, es conveniente, siquiera una vez al mes, despertarlas por este exceso de bebida, y excitarlas para evitar que se adormezcan. Hase dicho también que los persas discutían sus negocios más importantes después de beber.

Mi gusto y complexión naturales, son más enemigos de este exceso que mi razón, pues á parte de que yo acomodo fácilmente mis opiniones á la autoridad de los antiguos, si bien encuentro que la embriaguez es un vicio cobarde y estúpido, lo creo menos perverso y dañoso que los demás, los cuales van casi todos en derechura contra la sociedad pública. Y si como dicen los estoicos, no podemos procurarnos placer alguno sin que nos cueste algún sacrificio, creo que el vicio de que hablo es menos gravoso que los otros para nuestra conciencia; tampoco es difícil proveerse de la primera materia, circunstancia no indigna de tenerse en cuenta. Un hombre digno, de edad avanzada, me decía que de los tres placeres que en la vida le quedaban, era éste uno; y efectivamente, ¿dónde encontraremos gustos que aventajen á los naturales? Pero esa persona se colocaba en mala disposición: es preciso huir la delicadeza y el cuidado exquisito en la elección del vino, porque si el origen del placer reside en beberlo excelente, os veréis obligados á soportar el dolor de beberlo malo alguna vez. Es preciso tener el gusto más libre y amplio; un buen bebedor debe estar dotado de un paladar bien resistente. Los alemanes beben casi con igual placer todos los vinos; su fin es tragarlos más bien que paladearlos. De ese modo les va mucho mejor: así el placer que experimentan es más grande y encuentran más á la mano el procurárselo. Beber á la

¹. Dícese que en esta noble justa ganó la palma el gran Sócrates. PSEUDO GALLUS, I, 41.

¹. Reliérse también del viejo Catón que el vino enardecía su virtud. HORACIO, *Od.*, III, 21, 11.

francesa, en las dos comidas y de una manera moderada por cuidado de la salud, es restringir demasiado los favores del dios Baco; es preciso ocupar más tiempo y desplegar mayor constancia en el beber. Los antiguos pasaban bebiendo noches enteras y á veces empalmaban las noches con los días; así que nos cumple ampliar más este placer. He conocido un gran señor, persona á quien adornaban elevadas prendas y que habia salido victorioso en grandes empresas, que sin esfuerzo alguno en sus comidas escanciaba hasta diez botellas de vino; luego despachaba sus negocios con todo acierto, mostrándose quizás más avisado que en situación normal. El placer que debemos reservarnos en el transcurso de nuestra vida exige que concedamos mayor tiempo á la bebida, hasta el punto de que, como los muchachos de las tiendas y las gentes que ejercen un trabajo manual, no rechacemos ninguna ocasión de empinar el codo y tengamos constantemente vivo en la imaginación el deseo de hacerlo. Diríase que á diario acortamos los placeres del paladar y que en nuestras casas el número de comidas no es tan grande como en tiempos pasados; yo he visto los desayunos, almuerzos, cenas, meriendas, *piscolavis*. ¿Será la causa que en alguno de nuestros defectos hayamos tomado el camino de la enmienda? No, en verdad; lo que acaso en mi sentir ocurre es que nos hemos lanzado en la concupiscencia mucho más que nuestros padres. Este vicio y el de la bebida son dos cosas que se repelen: aquélla ha debilitado nuestro estómago, y la flojedad nos ha hecho más delicados y adamados para la práctica del amor.

Merecerían consignarse, por lo singulares, las cosas que oí referir á mi padre á propósito de la castidad de su siglo; y en verdad que sentaban bien en sus labios tales palabras, pues era hombre de galantería extrema con las damas por inclinación y reflexión. Hablaba poco, pero bien, y entreveraba su lenguaje con algunos ornamentos sacados de libros modernos, principalmente españoles; entre éstos era muy aficionado al *Marco Aurelio*¹, del obispo de Mondoñedo, don Antonio de Guevara. Era su porte de una gravedad risueña, muy modesto y humilde; ponía singular cuidado en la decencia y decoro de su persona y vestidos, ya fuera á pie ó á caballo; la lealtad de sus palabras era extraordinaria, y su conciencia y religiosidad le inclinaban en general más á la superstición que á razonar; era de pequeña estatura, lleno de vigor, derecho y bien proporcionado; su rostro era agradable, más bien moreno, y su destreza no reconocía competencia en ninguna suerte de ejercicios de habilidad ó fuerza. He visto algunos bastones rellenos de plomo, de los cuales se

¹. *Reloj de Principes, ó vida de Marco Aurelio y de su mujer Faustina*. Bayle en su *Diccionario Histórico-crítico*, consagra un artículo á Guevara.

servía para endurecer sus brazos; lanzaba diestramente la barra, arrojaba piedras con maestría y tiraba al florete; á veces gastaba zapatos con las suelas cubiertas de plomo para alcanzar mayor agilidad en la carrera y en el salto. En todas estas cosas ha dejado memoria de pequeños portentos; yo le he visto, cuando contaba ya sesenta años, burlarse de nuestros juegos, lanzarse sobre un caballo estando vestido con un traje forrado de pieles, girar alrededor de una mesa apoyándose sobre el dedo pulgar y subir á su cuarto saltando las escaleras de cuatro en cuatro. Volviendo á las damas, contábame mi padre que en toda una provincia apenas se encontraba una sola señora de distinción cuya reputación no fuera dudosa; relataba también casos de singulares privaciones, principalmente suyas, hallándose en compañía de mujeres honradas, limpias de toda mancha, y juraba santamente haber llegado al estado de matrimonio completamente puro, después de haber tomado parte durante largo tiempo en las guerras de tras los montes, de las cuales nos dejó un papel diario escrito por su mano, en que relata todas las vicisitudes que le acontecieron y las aventuras de que fué testigo. Contrajo matrimonio siendo ya algo entrado en años, en el de 1528, que era el treinta y tres de su nacimiento, á su regreso de Italia. Pero volvamos á nuestras botellas.

Las molestias de la vejez, que tienen necesidad de algún alivio, acaso pudieran engendrar en mí el placer de la bebida, pues es como si dijéramos el último que el curso de los años nos arrebatara. Los buenos bebedores dicen que el calor natural, en la infancia, reside principalmente en los pies; de los pies se traslada á la región media del cuerpo, donde permanece largo tiempo, y produce, según mi dictamen, los únicos placeres verdaderos de la vida corporal; los otros goces duermen, comparados con el vigor de éste; hacia el fin de la existencia, como un vapor que va subiendo y exhalándose, llega á la garganta, en la cual hace su última morada. Por lo mismo no se me alcanza cómo algunos llevan el abuso de la bebida hasta hacer uso de ella cuando no tienen sed ninguna, forjándose imaginariamente un apetito artificial y contra naturaleza; mi estómago se encuentra imposibilitado de ir tan lejos; gracias si puede admitir lo que por necesidad ha menester contener. Yo apenas bebo sino después de comer, y el último trago es siempre mayor que los precedentes. Porque al llegar la vejez solemos tener el paladar alterado por el reuma ó por cualquiera otra viciosa constitución, el vino nos es más grato á medida que los poros del paladar se abren y se lavan, al menos yo á los primeros sorbos no le encuentro bien el gusto. Admirábase Anacarsis de que los griegos bebieran al fin de sus comidas en vasos mayores que al comienzo; yo creo que la razón de ello es la misma

que la que preside á la costumbre de los alemanes, quienes dan principio entonces al combate bebiendo con intemperancia.

Prohíbe Platón el vino á los adolescentes antes de los dieciocho años, y emborracharse antes de los cuarenta, mas á los que pasaron esta edad los absuelve y consiente el que en sus festines Dionisio predomine ampliamente, pues es el dios que devuelve la alegría á los hombres y la juventud á los ancianos; el que dulcifica y modera las pasiones del alma, de la propia suerte que el hierro se ablanda por medio del fuego. El mismo filósofo en sus Leyes encuentra útiles las reuniones en que se bebe, siempre que en ellas haya un jefe para gobernarlas y poner orden, puesto que, á su juicio, dice, la borrachera es una buena y segura prueba de la naturaleza de cada uno, al propio tiempo que comunica á las personas de cierta edad el ánimo suficiente para regocijarse con la música y con la danza, cosas gratas de que la vejez no se atreve á disfrutar estando en completa lucidez. Dice además Platón que el vino comunica al alma la templanza y la salud al cuerpo, pero encuentra, sin embargo, en su uso las siguientes restricciones, tomadas en parte á los cartagineses: que se beba la menor cantidad posible cuando se tome parte en alguna expedición guerrera, y que los magistrados y jueces se abstengan de él cuando se encuentren en el ejercicio de sus funciones, ó se hallen ocupados en el despacho de los negocios públicos; añade además que no se emplee el día en beber, pues el tiempo debe llenarse con las ocupaciones de cada uno, ni tampoco la noche que se destine á engendrar los hijos.

Cuéntase que el filósofo Stilpón agravó su vejez hasta el fin de sus días y á sabiendas por el uso del vino puro. Análoga causa, aunque no voluntaria, debilitó las fuerzas ya abatidas por la edad del filósofo Arcesilao.

Es una antigua y extraña cuestión la de saber « si el espíritu del filósofo puede ser dominado por la fuerza del vino »:

Si munitæ adhibet vim sapientiæ ¹.

¡Á cuántas miserias nos empuja la buena opinión que nos formamos de nosotros! El alma más ordenada del mundo, la más perfecta, tiene demasiada labor con esforzarse en contenerse, y con guardarse de caer en tierra impelida por su propia debilidad. Entre mil no hay ninguna que se mantenga derecha y sosegada ni un sólo instante de la vida; y hasta pudiera ponerse en tela de juicio si dada la natural condición del alma pudiera tal situación ser viable; mas pretender juntar la constancia, que es la perfección más acabada, es casi absurdo. Considerad, si no, los nume-

¹. Si el vino puede dar al traste con la prudencia más firme. HORACIO, *Od.*, III, 28, 4.

rosos accidentes que pueden alterarla. En vano Lucrecio, poeta eximio, filósofo y se eleva sobre las humanas miserias, pues que un filtro amoroso le convierte en loco insensato. Los efectos de una apoplejía alcanzan lo mismo á Sócrates que á cualquier mozo de cordel. Algunos olvidaron hasta su propio nombre á causa de una enfermedad terrible; una leve herida bastó á dar al traste con la razón de otros. Aunque admitamos en el hombre la mayor suma de prudencia, no por ello dejará de ser hombre, es decir, el más caduco, el más miserable y el más insignificante de los seres. No es capaz la cordura de mejorar nuestras condiciones naturales:

Sudores itaque, et pallorem existere toto
Corpore, et infringi linguam, vocemque aboriri,
Caligare oculos, sonere aures, succidere artus,
Denique concidere, ex animi terrore, videmus¹:

preciso es que cierre los ojos ante el golpe que le amenaza, que se detenga y tiemble ante el borde del precipicio como un niño; la naturaleza se reservó esos ligeros testimonios de su poderío, tan inexpugnables á nuestra razón como á la virtud estoica para enseñarle su caducidad y debilidad: de miedo palidece, enrojece de vergüenza y gime por un cólico violento, si no con ayes desesperados y lastimeros, al menos con voz ronca y quebrada:

Humani a se nihil alienum putet².

Los poetas que imaginan cuanto les place, ni siquiera osaron pintarnos á sus héroes sin verter lágrimas:

Sic fatur lacrymans, classique immitit habenas³.

Confórmese, pues, el hombre con sujetar y moderar sus inclinaciones, pues hacerlas desaparecer no reside en su débil poderío. Plutarco, tan perfecto y excelente juez de las acciones humanas, al considerar que Bruto y Torcuato dieron muerte á sus hijos, dudó de si la virtud podía llegar á tales hechos, y si esos personajes no habían sido movidos por alguna otra pasión.

Todas las acciones que sobrepasan los límites ordinarios están sujetas á interpretación falsa, por la sencilla razón de que nuestra condición no alcanza lo que está por cima de ella ni lo que está por bajo.

Dejando á un lado la secta estoica que hace tan extrema

1. Así cuando el alma se aterroriza, todo el cuerpo palidece y se cubre de sudor, tartamudea la lengua, la voz se extingue, la vista se enturbia, los oídos chillan y el organismo todo se trastorna. *Lucrecio*, III, 133.

2. Que no se crea, pues, al abrigo de ningún accidente humano. *Terencio*, *Heautontim.*, act. I, esc. I, v. 25. — Montaigne modifica el sentido de este verso para adaptarlo á la idea del texto.

3. Así hablaba Eneas, con los ojos bañados en lágrimas, y su flota vogaba á toda vela. *Virgilio*, *En.*, VI, 1.

profesión de fiereza, hablemos de la otra que se considera como más débil y oigamos las fanfarronadas de Metrodoro: *Occupavi te, Fortuna, atque cepi; omnesque aditus tuos interclusi, ut ad me adspirare non posses*¹. Cuando Anaxarco, por orden de Nicocreon, tirano de Cipro, fué metido en una pila profunda y deshecho á martillazos, decía sin cesar: «Sacudidme y desgarradme; no es Anaxarco el que machacáis; machacáis solamente su envoltura.» Cuando oímos á los mártires, rodeados por las llamas, gritar al tirano: «Esta parte ya está bastante asada; córtala, cómela, ya está cocida; asa el otro lado»; cuando vemos en Josefo la heroicidad de un muchacho que fué desgarrado con tenazas y agujereado con leznas por Antioco, que en medio de la tortura le desafiaba con voz firme y segura, exclamando: «Pierdes tu tiempo, tirano; heme aquí lleno de placer»; ¿dónde está el dolor? ¿dónde los tormentos con que me amenazabas? ¿no se te alcanzan otros medios? Mi bravura te causa mayor dolor del que yo siento por tu crueldad. ¡Cobarde, imbécil! Mientras tú te rindes, yo recobro vigor nuevo; ¡haz que me queje, haz que sufra, haz que me rinda si puedes! Comunica á tus satélites y á tus verdugos el valor necesario; helos ahí ya, tan faltos de ánimo, que ya no pueden más; ármalos de nuevo, haz de nuevo que se encarnicen,» Menester es confesar que en tales almas hay algún desorden ó algún furor, por santo que sea. Al oír estas exclamaciones estoicas «Prefiero ser furioso mejor que voluptuoso²», *Μακρὴν ἡλιον, ἢ ἡσθεῖον*, como decía Antistenes; cuando Sextio nos asegura que prefiere ser encadenado por el dolor antes que serlo por el placer; cuando Epicuro intenta regocijarse con el mal de gota, y voluntariamente abandona el reposo y la salud desafiando las dolencias, rechaza los dolores menos rudos y desdeña combatir la enfermedad con la cual adquiere sufrimientos duraderos, intensos, dignos de él;

Spumantemque dari, pecora inter inertia, votis
Optat aprum, aut fulvum descendere monte leonem³.

¿quién no juzga que tales arranques son los respiraderos de un valor desequilibrado? Nuestra alma, en su estado normal, no podría volar á tales alturas; para alcanzarlas precisa que se eleve, y que cogiendo el freno con los dientes, conduzca al hombre á una distancia tan lejana, que él mismo se pasmee luego de la acción que llevó á cabo. En

1. ¡Oh fortuna! te preví, logré domarte y fortifiqué todas las avenidas por donde pudieras llegar hasta mí. *Cicerón*, *Tusc. quest.*, V, 9.

2. *Aulio Gelio*, IX, 5; *Diógenes Laercio*, VI, 3. — Montaigne traduce estas palabras antes de citarlas.

3. Desdeñando esos inofensivos animales, quisiera que se presentara ante él un jabali con la boca cubierta de espuma, ó que un león descendiera de la montaña. *Virgilio*, *En.*, IV, 438.

los combates, el calor de la refriega empuja á los soldados á realizar actos tan temerarios, que luego que la calma renace, ellos son los primeros en sobrecogerse de admiración por las heroicas azañas que llevaron á cabo. Lo propio acontece á los poetas cuando la inspiración es ya pasada; ellos mismos admiran sus propias obras y no reconocen las huellas que les condujeron á tan florido camino; es lo que se llama en el artista ardor ó fuego sagrado. Inútilmente, dice Platón, llama á las puertas de la poesía el hombre cuyo espíritu es tranquilo. Aristóteles asegura que ninguna alma privilegiada está completamente exenta de locura, y tiene razón en llamar así todo arrebato, por laudable que sea, que sobrepasa nuestra propia razón y raciocinio, puesto que la cordura consiste en el acertado gobierno de las acciones de nuestra alma para conducirla con adecuada medida y justa proporción. Platón sustenta así su principio: « Siendo la facultad de profetizar superior á nuestras luces, preciso es que nos encontremos transportados cuando la practicamos: indispensable es que nuestra prudencia sea alterada por el sueño, por alguna enfermedad ó arrebataada de su asiento por algún arrobamiento celeste. »

CAPÍTULO III

COSTUMBRE DE LA ISLA DE CEA

Si filosofar es dudar, como generalmente se sienta, con mayor razón será dudar el bobear y fantasear, como yo hago; pues de los aprendices es propio el inquirir y cuestionar, y sólo á los maestros incumbe resolver. El mío es la autoridad de la voluntad divina, que sin contradicción nos preceptúa y gobierna, y que está por cima de estas cuestiones humanas y vanas.

Habiendo Filipo de Macedonia entrado en el Peloponeso á mano armada, advirtieron á Damindas que los lacedemonios sufrirían muchos males de no congraciarse con el invasor; Damindas calificó de cobardes á los que tal dijeron, y añadió que el que no teme la muerte tampoco se apoca ante ningún otro sufrimiento. Preguntado Agis de qué modo el hombre puede vivir libre, respondió: menospreciando la muerte. Estas proposiciones y mil semejantes, que se encuentran en situaciones análogas, sobrepasan en algún modo el esperar tranquilamente el fin de la vida cuando la hora nos llega, pues hay en la existencia humana muchos accidentes más difíciles de soportar que la muerte misma, de lo cual puede dar testimonio aquel muchacho de Lacedemonia, de quien Antiocho se apoderó y que fué vendido como esclavo, el cual, obligado por su amo á ejercer un trabajo abyecto, repuso: Tú verás el siervo que has com-

prado; sería para mi deshonrosa la servidumbre, teniendo la libertad en mi mano; y diciendo esto se precipitó de lo alto de la casa en que lo guardaba. Amenazando duramente Antipáter á los lacedemonios para obligarlos á cumplir una orden, respondieron: Si pretendes castigarnos con algo peor que la muerte, moriremos de buen grado; el mismo pueblo repuso á Filipo, que le notificó su propósito de poner coto á todas sus empresas: ¿Acaso está en tu mano impedirnos el morir? Por eso se dice que el varón fuerte vive tanto como debe y no tanto como puede, y que el máspreciado don que de la naturaleza hemos recibido, el que nos despoja de todo derecho de quejarnos de nuestra condición, es el dejar á nuestro albedrío tomar las de villadiego; la naturaleza estableció una sola entrada para la vida, pero en cambio nos procuró cien mil salidas. Puede faltarnos un palmo de tierra para vivir, pero no para morir, como respondió Boyocalo á los romanos. ¿Por qué te quejas de este mundo? Libre eres, ninguna sujeción te liga á él; si vives rodeado de penas, culpa de ello á tu cobardía. Para morir no precisa sino una poca voluntad:

Ubique mors est; optime hoc cavet deus.
Eripere vitam nemo non homini potest;
At nemo mortem: mille ad hanc aditus patent¹.

La muerte no es el remedio de una sola enfermedad, es la receta contra todos los males; es un segurísimo puerto que no debe ser temido, sino más bien buscado. Lo mismo da que el hombre busque el fin de su existencia ó que lo sufra; que ataje su último día ó que lo espere; de donde quiera que venga es siempre el último; sea cual fuere el lugar en que el hilo se rompa, nada queda después, es el extremo del cohete. Cuánto más voluntaria, más hermosa es la muerte. La vida depende de la voluntad ajena, la muerte sólo de la nuestra. En ninguna ocasión debemos acomodarnos tanto á nuestros humores como en ésta. La reputación y el nombre son cosas enteramente ajenas á una tal empresa; es locura poner ningún miramiento. La vida es una servidumbre si la libertad de morir nos falta. Todas las enfermedades se combaten poniendo en peligro nuestra existencia; se nos corta y cauteriza; se nos quiebran nuestros miembros, se extrae de nuestro cuerpo el alimento y la sangre; un paso más, y hétenos curados para siempre. ¿Por qué nos es más difícil cortarnos las venas de la garganta que la del brazo? Los grandes males exigen grandes remedios. Padeciendo de gota en las piernas, Servio el gramático no encontró mejor remedio á su dolencia que aplicarlas veneno para paralizarlas; no le importó que fue-

1. Por un decreto de la divina sabiduría, la muerte se extiende por todas partes. Todos pueden quitar la vida al hombre, nadie apartarle de la muerte, mil caminos espaciosos á ella nos conducen. SENECA, *Thebaida*, acto I, esc. I, v. 131.